

ciano, con la modestia de la virgen y la abnegación de la madre, con la santidad del sacerdote y el heroísmo de los apóstoles y de los mártires. ¿Qué virtud puede faltar á la *Reina de las gracias*? ¿qué joya, al ajuar de Nuestra Señora del Carmen? ¿qué brillante, á su corona? Por eso la ama con ardor todo el que ama la virtud, la magnanimidad, el heroísmo. Sólo es capaz de permanecer indiferente y apático el hombre degradado en sus ideales y corrompido en sus afectos, el que no sabe entusiasmarse ante la hermosura de las almas, sino ante el resplandor del oro y el vapor del deleite material.

Dejo así demostrada la primera parte de mi proposición, y paso á declarar brevemente la segunda que, por su mayor importancia, debe interesar más vuestra atención.

II.

7. El pueblo colombiano es altamente religioso, á pesar de las vicisitudes por que lo ha hecho pasar durante un siglo entero la tea de la revolución. El hálito emponzoñado de la apostasía no ha penetrado aún, por la divina misericordia, en el corazón de esta hidalga sociedad que todavía lleva con honor el sobrenombre de cristiana. El culto popular de Nuestra Señora del Carmen bastaría para comprobarlo. Pero yo digo que este mismo culto debe su prodigioso desarrollo á los arraigados y cada vez más vivos sentimientos religiosos de los hijos de Colombia. Este pueblo, no alucinado por los falsos relumbrones de un progreso puramente material que tiene por blanco el lujo y los placeres, rechaza, como dejo dicho, el bárbaro sistema del materialismo ateo, inmoral y antisocial. Mas esto no le

basta: necesita á todo trance vivir la vida sobrenatural y divina, cuya fuente es la fe de Cristo, cuyo acueducto es la Iglesia católica. No pudiendo ser deísta, ni racionalista, ni protestante, quiere ser verdadero y fervoroso cristiano, porque comprende muy bien que en materia de religión no hay términos medios ni acomodamientos ficticios: hay que serlo todo ó nada, católico ó ateo. El ateísmo pugna abiertamente con su razón, con sus tradiciones, con sus nobles sentimientos; es, pues, católico sincero, católico de buena ley, como lo fueron sus piadosos mayores. Una vez dominado por la convicción religiosa, comprende la belleza de un modo muy superior á los alcances del arte puramente humano, y goza en esta visión lo que sólo puede gozar el alma cristiana, el alma que vive y respira en la atmósfera de lo sobrenatural. Los sentimientos que brotan de la religión son los más dulces, así como los más sublimes y consoladores; el culto religioso de la verdadera Iglesia es perenne y copiosa fuente de inefables delicias, mil veces más sabrosas que los deleites del sentido. Ahora bien, mis amados hermanos, todos estos sentimientos y toda esta poesía del culto están como sintetizados en María, en Nuestra Señora del Carmen; y así me explico perfectamente las poderosas corrientes de este mar de devoción entre nosotros¹.

8. No hay culto más piadoso ni más dulce para el corazón que el de María, culto que, como bien sabéis, nació en las floridas cumbres del Carmelo. Apenas los austeros discípulos de los insignes profetas Elías y Eliseo, movidos de la predicación apostólica, abrazaron la doctrina del Evangelio, cuando ya sintieron la nece-

¹ Mirabiles elationes maris Carmeli (Eccl. in ant. Laud.).

sidad de tributar á la Bienaventurada Madre del Salvador tan solemne y religioso culto, que, no contentos con alabarla y venerarla en el santuario de su corazón, hubieron de erigir en honor de ella el primer templo que vió la tierra poblada de cristianos¹. ¡Oh! ¡y con cuánto provecho para la religión! María desde el trono levantado por los fieles que se gloriaban de apellidarse sus *hermanos*, los llamaba con maternal reclamo á congregarse diariamente en aquel sagrado recinto para elevar á Dios plegarias y alabanzas, adorándole en espíritu y en verdad. La Iglesia universal no tardó en imitar el ejemplo de los piadosos carmelitas, y el culto de María, desde entonces llamada *del Carmen*, contribuyó en todas partes á fomentar y desarrollar los sentimientos religiosos. Y éstos á su vez despertaron en dondequiera y avivaron más y más la piedad de los hijos para con su Madre Santísima. Así lo deja ver la historia de todas las naciones cristianas, y en particular de nuestra América, teatro de la más tierna y fervorosa devoción á la Madre de Dios y de los hombres.

9. Así tenía que ser, dado que Dios, en el plan infinitamente sabio de la humana reparación, ha señalado á esta singular criatura un lugar propio y preeminente, como observa el Doctor de la Iglesia San Bernardo². Reflexionad, hermanos carísimos, en la índole propia de la santa religión que profesamos. Positiva como es, se apoya en hechos, hechos históricos, sí, pero divinos, realizados por Dios en la tierra, á vista y en medio de los hombres; y entre esos hechos

¹ Eccl. in lectionibus festi B. M. V. de Monte Carm.

² In Serm. de 12 stellis.

el más culminante de todos es la Encarnación del Verbo Eterno en el seno de una Madre Virgen, para habitar entre nosotros¹ y dar su vida en expiación del pecado sobre la cima del Calvario. El hombre de los tiempos modernos no puede, en sus relaciones con Dios, prescindir de estos hechos concretos, en los cuales se nos ha tornado sensible y tangible la presencia de Dios. En otros términos, lo que dijo Jesucristo²: Nadie puede ir en busca de Dios sino por el camino del mismo Jesús: *Yo soy el camino...* Pero nadie puede tampoco hallar á Jesús sino asociado á María, su Madre, ya que plugo al Padre, como afirma el Apóstol, enviar al mundo á su Unigénito en esta precisa condición de *nacido de mujer*³. Hallaremos, pues, á nuestro Salvador unido siempre con María, como le hallaron los pastores de Belén, como le hallaron los magos del oriente, como le hallaron los apóstoles, como le recibió la Iglesia. Los buenos hijos de Colombia, aquéllos que no separan el amor de la patria de la franca adhesión á la fe de sus mayores, á la fe de los padres de esa misma patria, los que creen en Jesucristo y le buscan para postrarse delante de Él y adorarle humildemente como á su Dios verdadero, acorren á esta basílica á buscarle en los brazos de Nuestra Señora del Carmen; y en efecto aquí le encuentran; aunque en la forma de pequeño niño, tan grande y poderoso como en el trono de su gloria; y encontrado le adoran, le alaban y glorifican, dejando satisfechas las aspiraciones de su religioso corazón. ¿Qué otra cosa hacen los gremios, colegios y comunidades que hoy solemnemente se consagran á la Reina gloriosa del escapulario, y de ella reciben esta

¹ Io. 1, 14.

² Ibid. 14, 6.

³ Gal. 4, 4.

celestial divisa, sino dar á la faz del mundo entero una brillante muestra de acendrada religiosidad? Yo veo en estos actos, no ya privados sino públicos, en que toman parte tan principal las clases más distinguidas de nuestra sociedad, nada menos que una lujosa profesión de fe católica que viene á hacer en este día el pueblo colombiano en presencia y bajo los auspicios de María en su venerada advocación del Carmen. ¡Honor á María Santísima, escudo y baluarte de la catolicidad jamás desmentida de este pueblo! Escudada por el escapulario del Carmen, la fe de los colombianos saldrá vencedora de todos los ataques de la incredulidad y del indiferentismo. Dios ha extendido en nuestro cielo *su nube* luminosa para protegernos¹.

10. Pero la religión no se contenta con llevarnos hasta el pie del trono del Altísimo para que adoremos su majestad, sino que nos conduce también á las puertas de la misericordia para que allí imploremos de la bondad infinita el remedio de nuestras necesidades. La religión nos enseña á esperar y pedir: á esperar en Jesucristo, nuestro Mediador, y á pedir al Padre por mediación del Hijo. Mas ¡oh consejo de Dios! exclama San Bernardo, ¡consejo de sabiduría y de piedad!² Habiendo de redimir al humano linaje y de remediar las miserias que lo aquejan, hizo á María depositaria de todos los tesoros de su gracia, hasta el punto, asegura este ilustre Doctor, de haberla hecho dueña de la plenitud de todo el bien: *Totius boni plenitudinem posuit in Maria*; de donde síguese por necesaria consecuencia que toda nuestra esperanza debe estar cifrada

¹ Expandit nubem in protectionem nostram (Ecl. in offic. cit.).

² De Nativ. B. M. V., apud Brev.

en ella; y que la gracia y la salvación es de ella, de quien debemos obtenerla como de su fuente. Conocido es del pueblo cristiano, como tan repetido en esta cátedra, el pensamiento del citado Doctor sobre la conveniencia y aun necesidad de la intercesión de María cerca de Dios en favor del hombre pecador. Permittedme, sin embargo, que os lo recuerde una vez más, como tan oportuno en la presente ocasión y tan adecuado para explicar la universal y omnímoda confianza del cristiano pueblo en Nuestra Señora del Carmen. Vedlo aquí. Tenemos á Jesucristo por medianero entre Dios y nosotros, como nos lo enseña San Pablo¹; verdad es, y también que, absolutamente hablando, podría bastarnos esta mediación, supuesto que hoy y siempre *toda nuestra suficiencia viene de Él*²; pero, eso no obstante, *no era bueno para nosotros que estuviese el hombre solo* sin que interviniese en favor nuestro la mujer.... Después del pecado temblaba el hombre de pensar en acercarse al indignado Padre, cuya sola voz le hacía estremecerse y correr á ocultarse entre el follaje. Compadecido de su pobre criatura, dióle el Señor por medianero á Jesús, Dios humanado. ¿Qué no obtendrá para nosotros tal Hijo delante de tal Padre? Pero tal vez respeta demasiado el hombre frágil la majestad divina que no puede desconocer en Jesucristo, aunque manso y humilde de corazón³; ¿qué hará, pues, para llegarse á Dios con plena confianza, sin rastro de temor? *Ad Mariam recurre*, le aconseja San Bernardo, ó, mejor dicho, el mismo Dios: Acude á María; yo quiero que ella sea tu medianera. ¿Qué temes? En ella no hay más que la naturaleza humana, igual á la tuya;

¹ 1 Tim. 2, 5.

² 2 Cor. 3, 5.

³ Matth. 11, 29.

pero hay tanta gracia y eficacia en sus ruegos, que será escuchada en cuanto pida: *Exaudietur et ipsa pro reverentia sua*¹. «¿Por qué ha temer la frágil humanidad acercarse á María?» prosigue diciendo el mismo Padre: «nada hay en ella de austero, nada de terrible; todo es suavidad y dulzura, y á todos ofrece leche y lana.»² ¿No veis aquí retratada, hermanos míos, á Nuestra Señora del Carmen? ¿no es ella la que brinda á sus hijos la leche de la devoción y la lana de su santo escapulario? ¿Quién, pues, por vil y pecador que sea, diré con el Doctor meliflúo, dejará el día de hoy de acercarse al monte Carmelo á implorar los favores de la misericordiosa Señora? Á todos, sí, á todos ofrece María en su advocación del Carmen gracias y beneficios sin cuento, consuelo y protección para la vida y auxilios para la muerte; pero de un modo singular y especialísimo á sus devotos, á sus queridos hermanos que se precian de llevar su sagrada divisa.

II. Por tanto, diré para concluir, acuda el cautivo á solicitar de esta Reina la redención de sus cadenas; el enfermo, la salud; consuelo el triste, perdón, el pecador, y el justo gracia. Hasta el Ángel experimenta nueva alegría mirando ese rostro celestial de la Virgen, nuestra medianera; y el alma, desligada ya de los vínculos de la carne, pero presa todavía en la cárcel de la expiación, recibe alivio en sus acerbas penas y ve abreviarse por obra de María Santísima del Carmen los días de su destierro en el lugar del purgatorio. Reúnanse, pues, en este día, como en un solo coro, los

¹ *S. Bern.*, De Nativ. B. M. V.

² *S. Bern.*, Serm. de 12 stellis.

aplausos del cielo y de la tierra los cánticos de libertad de las almas redimidas por María, de la cárcel expiatoria. Por lo que hace á nosotros, hermanos carísimos, digamos con el devotísimo Abad de Claraual: «Esta Señora es toda mi esperanza, ella es la razón de toda mi confianza.»¹ Y no se nos tachará de exagerados. Somos pobres y miserables pecadores, así lo reconocemos sincera y humildemente, así lo hemos confesado en honor de Nuestra Señora del Carmen, acercándonos con toda la piedad y devoción posibles á los santos sacramentos. ¿No habremos obtenido el perdón de nuestras culpas? ¡Ah! ¿por qué dudarle, si María, á quien hemos invocado, y á cuya mediación nos hemos acogido, es *la escala de los pecadores* para subir al cielo? Y ¿tendremos algún día la dicha de subir allá para ver y contemplar el rostro maternal de nuestra amada Reina del Carmelo? ¿Por qué no esperarlo así confiadamente, si somos fieles á su amor, si perseveramos en su devoción? La salvación de nuestras almas, he ahí, cristianos, nuestro verdadero y único negocio, el negocio de nuestra eternidad. Yo bien sé que este negocio nos preocupa á todos más ó menos seriamente; y ésta es, en último análisis, la razón decisiva de la extraordinaria devoción de esta capital y de toda Colombia á Nuestra Señora del Carmen. Creemos, y no sin fundamento, que María Santísima nos ha de salvar, si nos reconoce por hermanos suyos: seguros estamos de que Nuestra Madre amorosísima no ha de permitir que se pierda eternamente ninguno de sus hijos. Pues bien, hermanos míos, descansenos en esta dulce y sólida confianza, porque María misma nos la ha in-

¹ *S. Bern.* l. c.

fundido diciéndonos: *En mí está toda la gracia para hallar el camino de la verdad; en mí, toda la esperanza de la virtud y de la vida eterna.* Subamos á la vida por la gracia; á ésta, por la mano de María: Así sea.

PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA
DE LAS NIEVES

(Bogotá, 1897).

Gloria particular de María en esta advocación.

Implebo domum istam gloria, dicit Dominus.
Agg. 2, 8.

1. Satisfechos han de sentirse el día de hoy los piadosos vecinos del Barrio de Las Nieves, celebrando por la tercentésima vez la festividad de su augusta Patrona, María Santísima, con no menor pompa y aparato que en los años anteriores. Mas no creo, amados oyentes, que el motivo de tan justo regocijo haya de ser únicamente la posesión de gloriosos recuerdos y honrosas tradiciones locales vinculadas al título con que se honra esta antiquísima parroquia; pues, por muchas y nobles que ellas sean, más noble y gloriosa es en sí misma la advocación de Nuestra Señora de las Nieves. En efecto, fuera de su antigüedad, que se remonta á los primeros siglos de la Iglesia, y para no hacer mérito de la dignidad de la basílica llamada de Santa María la Mayor, en Roma, la cual no es otra que la de Santa María de las Nieves, basta para demostrar la excelencia de esta advocación el maravilloso hecho histórico de donde arranca su dichoso origen. Todos

vosotros lo habréis oído referir aquí mil veces, y así me excusaréis de narrarlo por extenso; permitidme, sin embargo, hacer algunas observaciones que sirvan de introducción á mi discurso.

2. En la narración de que se trata, vemos un milagro, una revelación y una doctrina: milagro de primer orden é incontestable, como fué la caída de la nieve en el estío y en un reducido sitio del monte Esquilino en la ciudad de las siete colinas; revelación hecha por la Virgen Santísima á tres personajes simultáneamente, uno de ellos, el Santo Pontífice Liberio; doctrina, en fin, de la mayor importancia en el orden religioso y moral, enseñada en esa ocasión por María, y acogida y practicada por la Iglesia. No es el esplendor de aquel milagro, amados oyentes, lo que llama principalmente mi atención, ni tampoco la revelación en sí misma; porque ¡cuántos milagros no registra la historia eclesiástica! ¡cuántas veces no se hizo visible María á sus devotos y les acudió personalmente, revelándoles las divinas disposiciones! No veo en esto la gloria particular que corresponde á la advocación que hoy celebramos; véola, y es lo que más me cautiva é interesa, en la enseñanza que se desprende de los labios de la piadosísima Señora, cuando declara en términos formales á sus queridos siervos, el patricio romano Juan y su consorte, ser su voluntad que se erija al Señor, y en honor de ella, un templo en el lugar designado y trazado por manos de los ángeles. He aquí una circunstancia verdaderamente digna de atención. Me diréis que no fué ésa la única vez que María manifestó por modo milagroso que quería se le dedicasen templos y altares; pero no me negaréis que esa declaración fué la primera de que haya memoria, y también la más